

retrato de un ser tiernamente amado y profundamente venerado, profesa á aquella imagen un doble amor, ya como recuerdo, ya como obra perfecta que ha salido de sus manos, ¿nos maravillaremos de que á los ojos de Dios seamos dignos de consideración y de respeto? No sólo nos ha prodigado los tesoros de sus ternuras infinitas, no sólo nos ha creado á su imagen, sino que ha querido añadir un tercer motivo á nuestro amor, haciendo de nosotros fiel copia de su misma belleza.

Por consiguiente, respétate á ti mismo, ¡oh hombre! y considérate con aquel santo terror y con aquella santa y delicada atención que exige la imagen de la verdad eterna, del más excelente bien y de la más elevada belleza que tienes en ti mismo. Ningún fin puede ser demasiado elevado, ningún esfuerzo demasiado grande para un ser que Dios mismo ha hecho á imagen de su propia belleza, que ha recibido de Dios el poder y el deber de subir á las alturas de la perfección, de llegar con su ayuda y con su dirección hasta semejarse á Él de la manera más perfecta posible. Modelo de belleza incomparable y de perfección sin límites, permite imitaciones hasta lo infinito. ¡Esforcémonos todos á copiarle según la medida de nuestras fuerzas! Es cierto que las copias no serán obras perfectísimas, como lo reclama el honor del modelo, pero tampoco serán una caricatura.

Sólo este temor debe ya darnos valor para dirigir nuestra atención á la magnificencia del Señor, y para contemplarla, para llegar cada día á una semejanza más perfecta con Él, hasta que un día «seamos transformados en su misma imagen». ⁽¹⁾

(1) II Corint., III, 18.

CONFERENCIA II

LA RAZÓN

1. **El Racionalismo, síntoma de enfermedad intelectual.**—El que está bien, jamás habla de salud: ni aun piensa en ella. Por el contrario, si alguien se manifiesta inquieto sobre su estado; si atormenta con preguntas sobre lo mismo á cuantos encuentra en su camino, hasta el punto de hacerse insoportable; si compra cuantos manuales de medicina se editan y se pone al corriente de los diversos medios curativos, puede desde luego conjeturarse que está enfermo ó en su cuerpo ó en su imaginación. El que es libre, no sabe cuánto vale la libertad; pero ha tenido la desgracia de ser encerrado en una prisión, y ya es la libertad su primer pensamiento al despertar y su último pensamiento al conciliar el sueño: ella alimenta las más dulces ilusiones de su vida.

Idéntico espectáculo nos ofrece la historia. Hubo un tiempo en que eran libres los griegos y los romanos; obraban como ciudadanos libres, y no pensaban en formar frases quiméricas sobre la libertad. Llegó un día en que fueron esclavos, y la palabra «libertad» estaba siempre en sus labios. Por eso, después de los excesos de la mesa, en los momentos de reposo que tomaban para prepararse á mayores orgías, hacían que les hablasen los estoicos de la forma en que es libre el hombre sabio, aun entre cadenas. Rara vez se pronunciaba en la Edad Media la palabra «libertad», no había motivos para suspirar por ella: estaban contentos con ser libres.

Mas apareció una era nueva, cuando con sus escritos

puso en moda esta palabra Lutero. Se distinguía de la que había terminado, por el incesante llamamiento á la libertad, y era irrecusable prueba de que se había perdido ese gran bien, y de que no se le podía encontrar ya.

La misma observación podríamos hacer respecto de la mayor parte de los otros bienes de la humanidad.

Mientras los cristianos fueron cristianos, esto es, mientras conservaron sus antiguas creencias, se contentaron con creer, sin hacer con eso gran ruido. Mas apenas apareció en el mundo el Humanismo, este nuevo paganismo, hasta los pájaros, desde lo alto de los campanarios, parecían no saber más trinos que los de la nueva ley, tanto tiempo esperada y hallada finalmente por la reforma.

Ninguna época ha hecho más ostentación de la palabra «virtud», que el desgraciado siglo de los Pompadour y de los Voltaire. Jamás se ha hablado más de fraternidad que en los días del Terror, cuando hubo que hacer fosos en las calles de París para detener las ondas de sangre humana, y no bastaba la guillotina para las ejecuciones en masa. Y cuando el carro de los reformadores del mundo se ha sumergido profundamente en el fango, y cuando se declaran impotentes todas las fuerzas para hacerle adelantar y con los esfuerzos del empuje que sobre él actúa, han quedado destrozadas las ruedas, el grito de «progreso» viene á turbar todas las cabezas. Parece que se oye en sueños á esos guías italianos que desgarran los oídos con sus gritos, durante medio día, dando saltos desesperados al rededor de su asno, mientras que él, más prudente que su amo, no sueña con moverse. Sabe de antemano que le ha de ser imposible subir la montaña con la carga, si no va en su ayuda un auxilio más poderoso.

No difieren mucho de este espectáculo, los gritos que se lanzan en derredor de la pura razón, y su puja en la subasta.

Hace ya más de dos siglos que por ella suspira el mundo; y si de tiempo en tiempo no trajeran algunos cambios las guerras y las revoluciones, hace tiempo que se hubie-

ran fastidiado con ella. El Deísmo sin trabas, verdadero inglés de la razón, es el primero que quiere romper la marcha y conquistar la plaza á codazos. Vienen después Voltaire y los suyos, que se abren paso con lodo y con piedras; más tarde ese árido y tonto Humanismo alemán con su racionalismo y su kantismo. Bajo el imperio del temor que inspiraba, todos le hubieran cedido el paso con gusto, si hubiera llevado consigo la razón que con tanta jactancia habían anunciado. En Viena, bajo José II, vino aquella desgraciada literatura de cascada de cinco ó diez *Kreutzers*. Vino, en fin, la adoración personal de la diosa Razón en los profanados altares del Dios vivo.

¿Se creará que fué bastante todo eso para llevar el mundo á la razón? ¡No! hoy más que nunca, hasta los últimos confines del mundo, llegan las voces de los que la llaman. Entre los que se ha convenido en llamar «cultos», parece que están los que más sienten su ausencia; no pudiendo llegar á esas alturas las mujeres y los niños, pueden hasta lo presente conservar su religión. Por ahora, puede decirse lo mismo de las masas, porque no se puede confiar mucho en ellas todavía. ⁽¹⁾ Para ello, dicen los hombres, se necesita algo mejor, algo que esté más en relación con su dignidad, y ese algo es la soberanía de la razón. «Largo tiempo ha estado el mundo privado de la razón, y ha llegado por fin el momento de su triunfo».

¡Y se trata de dar á esto el nombre de «espíritu moderno»! Cubierto con su orgullo este espíritu, contempla desde lo alto de su grandeza á su predecesor, al espíritu de los siglos de luz, y se avergüenza ante las necesidades que ha hecho este en nombre de la razón; pero no tiene buen gusto. Todo lo suyo le es común con el Racionalismo primitivo, pasado ya de moda, hasta en el vestido exterior. Como él, dirige el mismo llamamiento á la razón. ¡La razón, no la fe! ¡la razón, no la revelación! ¡la razón, no la

(1) Hoy, en las grandes poblaciones, las masas no tienen religión ninguna, la impiedad y la indiferencia han llegado hasta ellas lo mismo que hasta los hombres de que habla el autor. (Nota del traductor).

autoridad! ¡La razón, no la Iglesia! ¡La religión de la razón, el culto de Dios según la razón, la moral, la piedad, toda la vida según la razón, esto es lo que necesitamos!

Estas exclamaciones, estos pataleos, nos traen á la memoria á los hijos de Israel, abandonando al Dios que los había sacado de Egipto, para darse por dios á Baal. Desde la mañana hasta el medio día se dirigieron á Baal, diciendo: «Baal, escúchanos; y no había voz, ni quien respondiese, y pasaban, saltando, sobre el altar que habían hecho. Y como fuese ya el medio día, se burlaba de ellos Elías, diciendo: Gritad con voz más fuerte, porque ese dios quizá habla con alguno, ó está en alguna posada, ó en el camino, ó á lo menos duerme; gritad más para despertarle. Daban, pues, mayores gritos, y, conforme á su rito, se sajaban con cuchillos y lancetas hasta quedar bañados en sangre...; y no se oía voz, ni había quien respondiese ni atendiese á los que oraban». ⁽¹⁾

2. La Razón en el Racionalismo y en el Cristianismo.—Sin experimentarlo por tan largo tiempo, hubiera podido atestiguar el mundo que no es razonable conducta semejante; lo que en sí no es razonable, no puede hacer seres razonables. Se grita mucho; mas no por eso se hace uno más prudente. No debe contentarse con dar gritos al pie del árbol el que quiere tomar de él una manzana, sino que debe subir al mismo árbol. Pero el gran error y el lado flaco del Racionalismo, consiste precisamente en creer que basta con hacer hermosos discursos sobre la razón para llegar hasta ella. Por el contrario, nuestra religión parte de este principio: Debemos solamente servirnos de la razón, pues ya es una prueba de su presencia el uso que de ella se hace. El Racionalismo pone la razón en los labios; el Cristianismo la pone en la cabeza. Piensa la incredulidad que basta con desear ser razonable y hablar de este deseo. La fe, dice: La razón resulta solamente de una vida racional y de actos racionales. Viviendo y obrando razonablemente, y no entregándose á hermosos sueños y á diserta-

(1) Libro III, c. XVIII, v. 26 y sig.

ciones sin fin sobre la razón, se prueba que uno es racional.

3. El primero y el más imperioso de los mandamientos es hacer uso de la razón.—Vendrá un día que no dirá al hombre el Juez eterno: «¿Cuántas veces has pronunciado la palabra «razón»? Le preguntará, sí: ¿Cómo has empleado la razón que te dí? ¿cómo has vivido, según tu razón ó según la mía?» Tal será la forma de juicio que se hará de todos los hombres, particularmente de los que no han conocido la revelación. Claro es que no se contará con ésta en el juicio de los que no la tuvieron, si no hubo falta de su parte. Los juzgarán sólo su razón y su conciencia. Pero los que son culpables de la carencia de revelación sufrirán doble examen según la razón; primero, porque se apoyaron exclusivamente en ella con demasiada seguridad y con no menos orgullo, y segundo, porque hubieran podido hallar la verdad de la revelación, si hubieran hecho de la razón el verdadero uso en lugar de contentarse con hablar de ella.

Una de las más grandes decepciones reservadas á los que ahora acusan á la ley divina de oprimir la razón, será la terrible prueba á que se ven sometidos, siendo condenados en el tribunal de Dios, precisamente por el poco uso que han hecho de esa facultad. Porque el primero y el más severo de los mandamientos del Cristianismo es que debemos servirnos de nuestra razón. «¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?» ⁽¹⁾ Así hablaba ya durante su vida el Maestro á los que pretendían comprender todo lo que hay en el cielo y debajo del cielo, y que por esto mismo pensaban que podían dejar á un lado las cosas del cielo que él les revelaba. Y al darles semejantes avisos, exhortaba á cada uno de ellos: «Mira que la lumbrera que hay en ti, no sean tinieblas», ⁽²⁾ «porque si la lumbrera que hay en ti son tinieblas, ¡qué grandes serán las mismas tinieblas!» ⁽³⁾

(1) S. Lucas, XII, 57.

(2) S. Lucas, XI, 35.

(3) S. Mateo, VI, 23.

Luego, mientras se hace uso de la razón, no se han perdido por completo la luz y la esperanza de la salvación; pero el que prefiere las tinieblas á la luz, hasta el punto de cerrar los ojos para escapar á la luz de la fe; el que apaga, ú oculta la luz natural de su inteligencia, se juzga á sí mismo como enemigo de la luz. ¿Qué es lo que exige la fe sino que tributemos á Dios un culto racional? ⁽¹⁾ ¿Puede hacer algo mejor el hombre que someter todas las cosas al imperio de la razón? Todos deben hacer uso de esta facultad. Es la más bella y la más importante ocupación; desaparecen ante ella todas las demás. ⁽²⁾ Así habla el primer defensor de la revelación cristiana.

Todos los demás no hacen más que seguirle cuando pregonan que el primer deber del hombre es hacer uso de la razón. En el mismo sentido se expresa Atenágoras. «Para conocer la verdad, dice, no hay mejor ni más seguro camino que poner en movimiento la razón que ha dado Dios al hombre. ⁽³⁾ Todos los hombres están obligados á encaminar todos sus esfuerzos hacia la verdad, y el camino para llegar á ella es el uso de la razón, porque bien empleada la razón natural, dice San Jerónimo, conduce al conocimiento de la verdad, y desvía del error. ⁽⁴⁾ «Os conjuro, añade San Agustín, que examinéis sólo una vez si encontráis en la naturaleza humana algo más sublime que la razón, esa cabeza, ese ojo del alma». ⁽⁵⁾

Si razona bien San Agustín, será necesario seguirle. Si hacéis uso de la razón, no os contentéis con hablar de ella; llegaréis de esta manera á la verdad, y por la verdad á la paz.

4. Los cinco dogmas de la razón: a) la existencia de Dios.—Lo primero que puede y debe conocer el hombre por medio de la razón, si hace de ella recto y serio uso, es la existencia de un Criador, de un Conservador y de

- (1) Rom., XII, 1.
- (2) Justino Mart. Diali. c. Tryph. 3.
- (3) Atenágoras. *De resurrectione*, 17.
- (4) S. Jerónimo. *Comentarios*, in Eccl., 2, 3.
- (5) S. Agustín. *De libero arb.*, 2, 6, 13.

un Gobernador del mundo. Si el primero y el más grande de los deberes del hombre es hacer uso de la razón, no hay duda que la primera verdad que debe conocer es que hay un Dios vivo, de quien como de primer principio proceden todas las cosas, un Dios que tiene dominio sobre todo como jefe soberano, un Dios á quien se refiere todo, como á su único y último fin. «No es un artículo de fe la existencia de Dios; es una verdad de razón». ⁽¹⁾ No es necesaria la revelación para conocer que hay un Dios supraterrrestre, viviente y personal; basta para ello emplear la razón, porque dice San Agustín: «Es tal el poder del Dios-verdad, que es imposible arrancar enteramente su conocimiento á una criatura racional que quiere hacer uso de la razón». ⁽²⁾ «Ha impreso Dios tan claramente su fuerza invisible, eterna y divina, en las cosas que ha creado, que no hay excusa posible para el que no la conoce», ⁽³⁾ y que no puede comprender al soberano Ser por los bienes visibles, ni reconocer al Criador por la consideración de sus obras». ⁽⁴⁾ «No vemos el alma con los ojos del cuerpo, dice Aristóteles, y lo mismo sucede con Dios». ⁽⁵⁾ Cicerón habla lo mismo. ⁽⁶⁾ «Todos conocen la existencia del alma por la actividad que manifiesta; también se da á conocer Dios por las obras que ha hecho». ⁽⁷⁾ «Puesto que nada ha comenzado á existir al acaso, la existencia, la belleza y la armonía de las cosas dicen muy alto que debe haber un Dios. Todo lo que vemos, todo lo que aparece ante nosotros, la tierra, el sol, las estrellas, el admirable orden que revela la rotación del universo, la sucesión periódica de las estaciones, todo es una constante predicación que nos obliga á pensar en la existencia de Dios». ⁽⁸⁾ Así hablaban Plutarco y Platón;

- (1) Sto. Tomás, 1, q. 2, a, 2.
- (2) S. Agustín, S. Juan, 106, 4.
- (3) Roman., I, 19, 20.
- (4) Sabiduría, XIII, 1 y sig.
- (5) Aristóteles. *De mundo*, c. 6.
- (6) Cicerón, *Tuscul.*, I, 29.
- (7) Plutarco. *De placitis philos.*, 1, 6.
- (8) Platón. *Legibus*, 10, p.

nadie se atreverá á acusarles de haber recogido sus ideas de los labios de ningún predicador cristiano.

En efecto, en una ó en otra forma se encuentra por doquiera la fe en una divinidad, como constantemente lo hicieron notar los antiguos; se halla desfigurada muchas veces esa forma; no importa. «No hay pueblo tan bárbaro, no hay hombre tan salvaje que no crean en la existencia de Dios». (1) Muchos, es cierto, se han formado de él una idea falsa; la causa está en sus malas y corrompidas costumbres. Á pesar de todo, «están acordes todas las opiniones, cuando se trata de la existencia de la divinidad». (2) Y más bien, dice Plutarco, encontraréis ciudades sin murallas y sin ciencias, que un pueblo que haya pensado en fundar una sociedad sin la creencia en Dios, sin oración, sin juramento, sin sacrificios. (3)

Por esto «es imposible admitir que esa fe universal sea resultado de un convenio hecho entre las naciones, ó efecto de una ley, ó de una institución. Es por necesidad creencia sugerida por la naturaleza». (4) Pero «es verdad lo que de común acuerdo enseña toda la naturaleza». (5)

5. b) La obligación de dar culto á Dios.—La segunda verdad que por sí misma se ofrece á la razón humana, sin exigir el concurso de la revelación, nace inmediatamente de la primera. Si nos ha criado Dios, si nos conserva con todo lo que tenemos, no basta que en lo interior de nuestro espíritu conservemos la fe en su existencia; debemos también reconocer su soberanía omnipotente, debemos darle culto, y manifestarnos agradecidos á sus beneficios con nuestros actos, con nuestras obras. «El hijo honra á su padre, y el siervo á su Señor; pues si yo soy Padre, ¿dónde está el honor que se me debe? y si soy Señor, ¿dónde está el temor á que soy acreedor? Dice el Señor de los ejércitos á vosotros, sacerdotes, que despreciasteis mi

(1) Cicerón. *Tuscul.*, I, 13.

(2) Cicerón. *Ibid.*

(3) Plutarco. *Adv. Coloten.*, 31, 4, 5.

(4) Cicerón. *Tuscul.*, I, 13.

(5) Id. *De natura deorum*, I, 17.

nombre, y dijisteis: ¿En qué despreciamos tu nombre?... Si ofreciereis una res ciega para ser inmolada, ¿no sería esto malo? y si ofreciereis una coja y enferma, ¿no es malo? preséntala á tu caudillo para ver si será de su agrado». (1) En iguales términos se expresa Aristóteles cuando dice: «Jamás podremos dar á Dios todo el honor que se le debe como á Señor natural», (2) como á aquel de quien hemos recibido el mayor de los beneficios: la existencia. (3) Además, es un acto de justicia el culto que se tributa á Dios, es sin contradicción el primero y supremo ejercicio del deber de justicia. «Es la piedad ó una parte de la justicia que nos obliga á Dios, ó es la misma justicia». (4) «Falsamente se llama espíritu fuerte el que no cumple con este deber; podría llamársele mejor, insensato». (5) Mas suponiendo que quiera el hombre cumplir con este deber, debe cumplirlo de una manera conveniente y completa. «Cuando se trata de Dios, nada de medianías, nada de defectuoso». (6) Y si nos llegamos á Él para ofrecerle nuestros cultos, debemos hacerlo con la mayor veneración. «Jamás debemos manifestar mayor respeto que cuando nos hallamos en la presencia de Dios». (7)

Nada tiene que añadir á estos principios la fe cristiana. Ciertamente que en otros tiempos, en la antigüedad, de abay mucho que desear; pero es éste un hecho de tal naturaleza, que en modo alguno puede despreciarse. Entonces, como hoy, no se consideraba el espíritu humano obligado á servir á Dios sólo con sus obras; que en todos los tiempos ha comprendido que no hay obra demasiado grande, cuando se trata del culto divino, que no hay práctica demasiado elevada cuando se trata de nuestros deberes para con Dios. Cuando han sido respetados los derechos de la ra-

(1) Malaquías, I, 6, 8.

(2) Aristóteles, *Ethic.*, 8, 14.

(3) Id., id., 9, 2, 8.

(4) Aristóteles. *De virtut et vita*, 5, 2.

(5) *Magna moralia*, I, 5, 4.

(6) Aristóteles, *fragm.*, 59.

(7) Aristóteles. *Fragm.*, 77.